



## Testimonio

### Concierto de Quilapayún en el Palau Blaugrana de Barcelona, organizado por Agermanament el 20 y 21 septiembre de 1974

José Luis Vergara  
[vergara.jl@gmail.com](mailto:vergara.jl@gmail.com)

Recibido: 8/ 12/2023  
Aceptado: 19/ 3/2024

*Este artículo es un ejercicio de recuerdo de uno de esos actos que se graban en la memoria personal, indelebles y de por vida. Con todo mi cariño, va dedicado a los “hermanos” de Quilapayún y a los que con su trabajo arriesgado y generoso hicieron posible la existencia de la organización Agermanament, “hermanamiento” en catalán.*

“¿El carné del partido también?” La pregunta me la hace en voz alta Guillermo Oddó, Willy –un ya histórico componente de Quilapayún–, en el pasillo de los vestuarios del Palau Blaugrana, cuando le he pedido que me entregue su pasaporte. Se lo pido porque así me lo ha demandado el comisario Peris de la BPS, Brigada Político Social –grupo policial de represión política–, con quien estoy, desde hace un rato, en una sala de los vestuarios del Palau. Él, acompañado por tres inspectores de policía bastante jóvenes, me está haciendo preguntas sobre el acto, es el segundo día de los recitales de Quilapayún en Barcelona, el 21 de septiembre de 1974, organizados por Agermanament<sup>1</sup>.

Hago como si no hubiese oído o más bien hago como si los policías a mi espalda no lo hubiesen escuchado. Les digo que ahora voy a buscar los pasaportes, y entonces un policía se me acerca y me enseña un disco, un Long Play: “Es importante que no canten ninguna de estas canciones, en especial esta”, y la señala en la contraportada. Inmediatamente la reconozco, recuerdo una parte de su letra que más o menos dice “Qué cara está la ternera, ni que hija de Franco fuera”. Seguramente ellos conocen también la

---

<sup>1</sup> Agermanament era en sus inicios un movimiento de iglesia. Funcionaba como una plataforma ideológica y solidaria de izquierda, creada para ayudar a los refugiados y exiliados políticos que llegaban a España. El obispado de Barcelona quitó todo soporte a la Vicaría por los Refugiados al ver la tendencia ideológica de quienes la llevaban, pues sus creadores eran personas de iglesia que habían tenido experiencia en diversos países y que se encuadraban en la izquierda. Agermanament tuvo un papel muy activo en la parte final de la dictadura franquista y, como plataforma unitaria, además de actividades solidarias y políticas, durante unos años organizó diversas actividades. Algunas de ellas –como los recitales de Quilapayún– se convirtieron en actos multitudinarios que quedaron grabados en la memoria de quienes asistieron. Tres años más tarde se organizó un Homenaje a Neruda (1977) que, presentado por Rafael Alberti durante su primera actividad pública al regresar de un exilio de casi cuarenta años, contó con la presencia, por primera vez en España, de Inti-Illimani y de Aparcoa. Un año antes se había organizado otro recital, de Mercedes Sosa, que también había sido el primero en este mismo país.

letra, tengo el disco en la mano y con él salgo hacia el vestuario que los Quilapayún han ocupado a unos veinte metros de la sala donde están los policías.

“Bien Willy” –le digo riendo– “simpático lo del carné del partido, a la policía le debe haber encantado”. Les explico a todos la ocurrencia del compañero, reímos. También les explico que estoy con un comisario de la policía política y tres ayudantes; ahora ya todos estamos serios. “Me piden vuestros pasaportes, ahora ya saben con quién tratan, hoy ya no los engañamos”. Después les muestro el disco y le repito las indicaciones del policía; un poco perplejos por la situación volvemos a reír y me voy con los pasaportes en la mano, olvido el disco.

Era el segundo día de los dos recitales en el Palau Blaugrana, y la primera vez que Quilapayún actuaba en España. Tan solo había pasado un año desde el golpe de Estado en Chile. Era la primera vez desde entonces que actuaban en un país donde la gente hablaba su misma lengua. La mañana del 25 de abril, cinco meses antes, yo volaba hacia Holanda con el exsacerdote y miembro de Agermanament, Jaume Rodri. Íbamos a una reunión de Pax Cristi en Leiden y nos pidieron que, representando a la organización en Catalunya, transmitiéramos algo de la situación en España. En el avión, hablando con Jaume sobre cómo preparar actos para denunciar los golpes de Estado en América, él me dice que teníamos que traer a los Quilapayún a Barcelona y hacer un gran recital. Los dos sabemos que es imposible, una locura, pero nos ponemos a pensar en cómo hacer realidad un sueño tan loco.

En Agermanament se habían editado clandestinamente algunas cintas con canciones de Quilapayún, por lo tanto no había discografía suya en las tiendas, ni de Víctor Jara, Violeta Parra, Quelentaro y otros representantes del cancionero social latinoamericano. Se vendían en la sede y en actos destinados a conseguir algo de dinero para el apoyo amplio que desde Agermanament se daba a refugiados chilenos, argentinos y uruguayos que iban llegando incesantemente al país, huyendo del horror y la barbarie. Nosotros también estábamos en dictadura, pero en los últimos años, en su final brutal.

Todo lo chileno había calado hondo en España. Habíamos seguido el proceso de la Unidad Popular con gran atención, y el golpe que acabó con aquella experiencia, la desaparición de Salvador Allende, fueron un mazazo para todos los demócratas de nuestro país<sup>2</sup>. Aquellos años, a fines de los 60, y después en los 70, hablábamos de Chile como si hablásemos de nuestro Gobierno, y sentíamos a Salvador Allende como nuestro propio presidente. Hablar de Chile era hablar de nuestros anhelos futuros. Quilapayún era entonces, para la mayoría de nosotros, una clara referencia de la música popular, como también lo era Víctor Jara, Los Parra e Inti-Illimani. Muchas de sus canciones habían sido la banda sonora de nuestra toma de conciencia política<sup>3</sup>. Ahora oíamos las canciones que habíamos convertido en himnos, haciendo referencia a la terrible situación en su país.

Días después, ya de regreso a Barcelona, hablamos nuevamente Jaume Rodri y yo, y compartimos lo comentado con otros miembros de Agermanament. Averigüé cuáles eran los trámites por realizar y preparé un sencillo informe con una propuesta de trabajo para echar a andar el proyecto. Tras un arduo esfuerzo, localizamos a los Quilapayún en París, ciudad donde habían fijado su residencia –a ellos el golpe de Estado

---

<sup>2</sup> Años después, en los 90, presenté a Isabel Allende Bussi a Josep Ribera (miembro fundador y director en el 74 de Agermanament). Este le comentó que los tres acontecimientos que más nos habían marcado, eran nuestra propia guerra civil, la revolución cubana, el proceso de la Unidad Popular y el posterior golpe de Estado en Chile.

<sup>3</sup> Ángel Medina y Toya Solís publicaron el siguiente artículo sobre la llegada de Quilapayún a España: “Primeras presencias de Quilapayún en la España de mediados de los 70: cantos de compromiso y esperanza”, *Cuadernos de Etnomusicología*, 2019, 13: 113-141 [nota del editor].

los cogió fuera de Chile, creo que estaban invitados a una reunión de países no alineados y tenían algunas actuaciones comprometidas en Europa. Eso les salvó la vida. Por teléfono les explicamos lo que pretendíamos. España era para ellos terreno vedado, pero tenían unas ganas inmensas de actuar aquí, pues sabían de los amplios movimientos de solidaridad y, si no me equivoco, aceptaron inmediatamente, aunque conscientes de que era una locura.

Empezamos a trabajar, les pedimos fotos, letras de canciones, ediciones de otros conciertos, carteles, etc., y poco a poco, fuimos recogiendo toda la información que era necesaria para poner el proyecto en marcha. El primer escollo por superar en esta larga travesía fue encontrar un espacio adecuado para el concierto. Inicialmente pensamos en un Palacio de Deportes, y lo más rápido posible empezamos a averiguar todo lo necesario: alquiler, adecuación, escenario, luz, sonorización, taquillas, etc. Lo cierto es que este era un terreno totalmente nuevo para nosotros, ya que ninguno de nuestros conocidos había nunca hecho algo semejante. Yo en mi trabajo había organizado algunos actos, pero de mucho menor importancia y, sobre todo, para un público más reducido.

Iniciamos conversaciones con el Palacio de Deportes Municipal y vimos que por fechas no era posible. Luego fuimos a hablar con el responsable del Palau Blaugrana donde los equipos de baloncesto, balonmano y voleibol del FC Barcelona hacían sus partidos. Era un recinto relativamente nuevo, yo nunca había estado en él. Las conversaciones con el gerente del club fueron realmente curiosas. Le traté de explicar de forma somera que queríamos organizar un recital con un grupo americano, y le detallé que cantaban canción folklórica, que se trataba de un grupo muy poco conocido aquí y en su país. Él no debía entender nada y hacía preguntas y más preguntas –cuyas respuestas en su gran mayoría, me las inventaba sobre la marcha–. Él se mostraba cauto, y yo veía peligrar la entonces remota posibilidad de que nos quisieran alquilar el espacio. Por ello intentaba tranquilizarlo sobre nosotros y el grupo. Posiblemente nunca nadie haya explicado lo que era Agermanament con tanta ambigüedad y de forma tan despolitizada, pero en aquel momento valía todo.

Cuando me enseñó el recinto hice un esfuerzo para que no se me notara el pánico que me produjo pensar cómo íbamos a llenarlo de gente y, aparentando tranquilidad, le pregunté sobre los servicios que ofrecían: no tenían idea, era un espacio para deportes y estaban dispuestos a alquilarlo para espectáculos, aunque su propósito era simplemente ocuparse de hacer el papel de dueños de casa. El encargado insistió en que no querían nada que tuviese significación política y lo tranquilice diciendo que lo que queríamos era hacer algo para obtener dinero para a enviar a las misiones a las que Agermanament ayudaba como organización religiosa que era. Finalmente, un poco más tranquilo, me dio los datos de alquiler: forma de pago, porcentaje de liquidación a la SGAE –Sociedad General de Autores de España–, y metodología para hacer el concierto a través de entradas controladas. Algunas cosas ya las sabía, del resto tomé nota concienzudamente.

La preocupación fundamental era la promoción. No contábamos con fondo alguno y teníamos que conseguir que el recital generase algo de ganancias. Íbamos avanzando con la incertidumbre de obtener permisos y, conforme pasaban los días y nuestro proyecto prosperaba, se nos contagiaba una cierta euforia a todos los que estábamos, de una u otra manera, involucrados más directamente en la operación: Mariona, Vicens, Cesca, Josep María, el propio Ribera y obviamente Jaume y yo mismo.

Las conexiones con amigos de prensa especializada en música fueron decisivas. Gabriel Jaraba, músico, y Jordi García Soler, quien trabajaba entonces en *Diario de Barcelona* (con ambos habíamos tenido algún contacto por trabajos anteriores), también colaboraron y nos pusieron en contacto con un programa de Radio Nacional que entonces era muy importante, *Para Vosotros Jóvenes*. En este programa, de inmediato contamos

con el apoyo explícito de Antonio Gómez, quien arrastró a los García Pelayo, a Herrera y a otros buenos amigos, algunos de los cuales no conocí nunca personalmente. Desde aquel “nido de rojos” instalado en plena radio oficial, nos ayudaron a divulgar el recital. Ellos quisieron organizarlo también en Madrid, y a partir de ese momento estuvimos trabajando juntos, pasándonos información y contactos.

Una vez conseguidas las letras que teníamos que presentar a Información y Turismo, pensamos en cómo “aligerar” el impacto de sus contenidos con la finalidad de que los censores eliminasen la menor cantidad posible de canciones<sup>4</sup>. Casi todas eran muy explícitas y no sabíamos qué hacer para que fueran aprobadas enteras y sin censura. En un intento desesperado, tomé las letras y, una a una, las mecanografié en mayúsculas y eliminé cualquier atisbo de puntuación. Mi objetivo era convertir el contenido de cada una de ellas en algo monótono y difícil de leer.

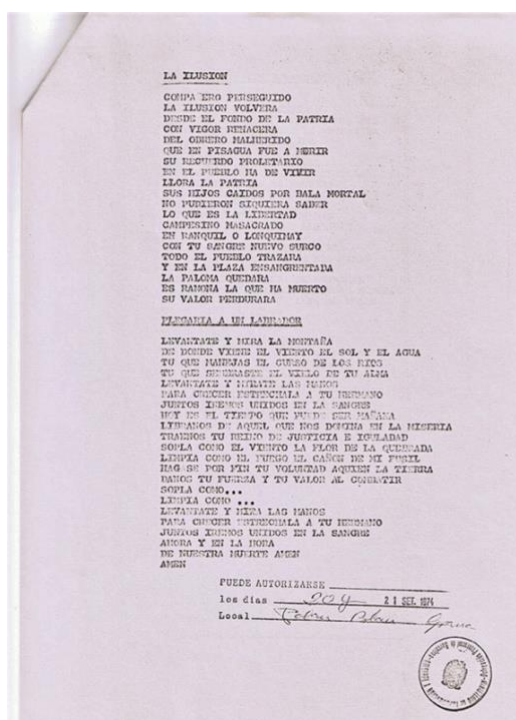


Figura 1: letras mecanografiadas de canciones de Quilapayún presentadas al Ministerio de Información y Turismo en Barcelona.

Escogimos unas doce piezas con texto, contando con que los Quilapayún tenían muchas piezas instrumentales en su repertorio, que podrían tocar sin problemas. Algunas de las canciones eran “El pueblo unido jamás será vencido”, todo un himno de lucha universal, o “Venceremos”, la canción de la Unidad Popular y “Plegaria a un labrador” de Víctor Jara. Conforme iba escribiéndolas con mi Olivetti, me inundaba un cierto desaliento porque me parecía cada vez más imposible llegar a conseguir todos los permisos pertinentes y superar la censura. Terminé de mecanografiar tomado por un cierto desánimo. Una de ellas que decía “el partido volverá”: mantenerla era matar cualquier posibilidad de obtener el permiso, y con absoluta impunidad la modifiqué y puse: “la ilusión renacerá”. No cambié ninguna otra letra.

<sup>4</sup> Los trámites necesarios para organizar cualquier acto al que asistiese público se hacían ante el Ministerio de Información y Turismo (censura) y el Gobierno Civil (control político).

Habíamos acordado que yo haría los trámites, pues algunos funcionarios me conocían. Llevé las copias de las letras a una funcionaria de Información y Turismo con quien había tratado en otras ocasiones. Este trámite fue breve y rápidamente superado; cuando a los pocos días llamé me dijeron que ya podía pasar a buscar el permiso. La gran sorpresa era que la censura había dejado pasar todas las letras. ¡Increíble pero cierto! Me preguntaron quién era ese grupo y hoy no recuerdo cómo los describí. Supongo que de recordarlo sería bastante risible ahora.

Teníamos el permiso para las canciones, lo que provocó una contagiosa euforia en todo el equipo: por primera vez veíamos que el proyecto era viable, y eso nos dio alas para terminarlo definitivamente. Recuerdo que leíamos las instancias de permiso y veíamos todas las letras selladas (timbradas) oficialmente y no lo creíamos. La siguiente y definitiva petición fue ante el Gobierno Civil, de quien dependían las actividades que reuniesen público. Preparamos una instancia que todavía hoy conservo, en la que Josep Ribera, en calidad de director de Agermanament, firmaba una petición para poder realizar el recital con el objetivo de obtener recursos para las misiones. La entregamos y entonces comenzó una lenta y tensa espera. Apenas quedaban unos pocos días para la fecha prevista para los dos recitales, 20 y 21 de septiembre. Habíamos decidido hacerlo durante dos días porque, cuando comenzamos a explicarlo, era tanta la expectativa que generaba que creímos poder llenar dos veces el Palau Blaugrana, donde cabían unos seis mil espectadores.

La venta de entradas se hacía en la sede de Agermanament. Varias personas, entre ellas amigos y familiares, acabaron vendiendo por turnos en una mesa instalada en la recepción del local de la calle Diputació. Se habían repartido solo unos trescientos carteles; estaba funcionando sobre todo el “boca a boca”. Llegó gente de todas partes, algunos compraban varias entradas para ellos y para sus amigos; los precios variaban entre las cien y las ciento cincuenta pesetas. La sorpresa fue mayúscula cuando una compañera entró y, con expresión de susto, nos dice que la cola de las entradas daba la vuelta a la manzana. Increíbles, algunos bajamos y así era, la gente ordenadamente hacía una larga cola de más de doscientos metros. Sentimos alegría y preocupación a la vez, la larga cola podía llamar la atención y atraer la policía. En las horas que esta duró no pasó nada, la suerte nos seguía acompañando. Se vendieron todas las entradas y aún no teníamos el permiso para recital.

Estábamos eufóricos y ciertamente desbordados, cuando recibimos una llamada del Gobierno Civil que tuve que atender, porque yo había presentado los papeles de solicitud. Me preguntaron algo inesperado: se interesaron por la localización de las misiones, en qué países estaban y quiénes iban a recibir la ayuda. Pido un momento para facilitarle la información, nervioso traslado la consulta a los que tenía más cerca y Jaume Rodri, riendo, empieza a darme nombres que voy inmediatamente repitiendo por teléfono al funcionario que tomaba nota: Camerún, Mali, Argelia [líder de los países no alineados]. Nos miramos confundidos: ¿Argelia?, Rodri se dio cuenta y le cogió un ataque de risa, el funcionario había tomado buena nota. Dos días después teníamos el permiso definitivo; Quilapayún actuaría dos días y sus recitales tendrían el objetivo de recoger fondos para las misiones católicas. En un margen del impreso iba la lista de los países donde estaban esas misiones, entre ellos Argelia y Mali, que se había transformado en Bali. El documento es un auténtico “incunable”.

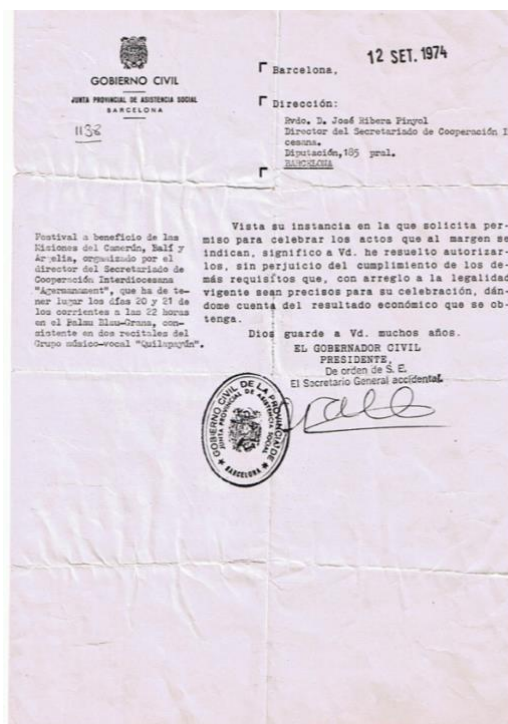


Figura 2: permiso del Gobierno Civil de Barcelona para los dos recitales de Quilapayún de septiembre de 1974.

Llegaron los Quilapayún. Los recogimos en el aeropuerto y los acompañamos al hotel que les habíamos reservado. También los paseamos por la ciudad haciendo de guías improvisados. Ellos estaban muy contentos y agradecidos por estar en España, creo que ninguno conocía Barcelona y nos faltaba tiempo para hacerles preguntas y ponernos al día. Les contamos cómo se había organizado todo y creo que decididamente pensaron que estábamos locos. Pero fue una locura fantástica; en ese momento lo importante era que ellos estaban en Barcelona y juntos estábamos a punto de hacer realidad uno de los grandes acontecimientos históricos de esta ciudad a fines de la dictadura.

En principio ellos sabían que Agermanament era un centro relacionado con la iglesia católica. De a poco fueron descubriendo que todos sus componentes –los religiosos o exreligiosos y los otros–, eran gente de izquierda. Escucharon interesados las actividades de solidaridad que realizábamos con chilenos y otros refugiados americanos; con saharianos, guineanos, etc. Algunos compañeros se decían comunistas, otros socialistas, maoístas o trotskistas. En fin, en pocas horas debimos conseguir que tuviesen una percepción de Agermanament realmente curiosa.

Nos preocupaba mucho la seguridad y en especial la de ellos. Se tomaron algunas medidas. Eran momentos en los que pensábamos que era fácil infiltrarse en los comités de solidaridad y eso nos preocupaba extraordinariamente porque exponía y dejaba indefensos a muchos compañeros. Los propios exiliados, especialmente los representantes políticos, extremaron la cautela. Nos ayudaron compañeros del PSUC [Partido Socialista Unificado de Cataluña], del MC y otros. También nos preocupaba que hubiera alguna acción por parte de gente de extrema derecha y sobre todo que ello pusiera en sobre aviso a la policía antes del recital.

Los Quilapayún llegaron por la mañana del día 19. La rueda de prensa se celebró en Agermanament. Confiábamos en ella para la promoción del recital, aunque ya estaban casi todas las entradas vendidas, solo quedaban a la venta las entradas que reglamentariamente se tenían que ofrecer en el propio Palau Blaugrana y que abiertas las

taquillas desaparecieron en escasas horas. A la rueda de prensa acudieron muchos amigos que formaban parte de los medios: Gabriel Jaraba, García Soler, Sopena, Sánchez Larraburu, Antonio Gómez y otros amigos que conocían al grupo y sobre todo que deseaban colaborar. La mayoría de ellos estaban conscientes de cuán importante era su colaboración: el dossier informativo era casi un prodigio de semántica, se proporcionaban muchos datos culturales, y se insinuaban todos los políticos; los asistentes sabían bien de qué estábamos hablando.

Para la seguridad en el recital se nos ocurrió adelantarnos y tuvimos una conversación con la policía de la comisaría cercana al Palau Blaugrana, en el barrio de Les Corts. Les dijimos que estábamos muy preocupados porque temíamos algún altercado. “Ya saben ustedes, son chilenos, ha habido un golpe de Estado, puede haber gente con formas de pensar diferente... algún loco”. Dio buen resultado, la tarde-noche del recital, la policía llegó a darnos protección e hizo un minucioso registro de todas las zonas del espacio: escenario, asientos, vestuarios, etc. Luego se mantuvieron, para nuestra tranquilidad, en un segundo plano, sin presencia visible.

Describir las expresiones de las caras de casi todas las personas que entraban al Palau, incluso de nosotros, y nuestro estado de excitación, es muy difícil, por no decir imposible. Aquella primera noche asistieron un sinnúmero de personas que posteriormente se convirtieron en dirigentes de partidos, sindicatos, movimientos cívicos. Muchos ya lo eran entonces, y se saludaban con simples miradas de complicidad.

El clima era tenso. Jaume Rodri, tal y cómo habíamos acordado, salió al escenario y leyó un texto que había preparado. Con solo nombrar Chile, la Unidad Popular, Salvador Allende la gente se puso de pie y comenzó a gritar: “Chile, Chile, Chile, solidaridad”, y a corear aquella frase mítica “El pueblo unido jamás será vencido”. A cada nombre que Rodri recordaba, Víctor Jara, Violeta Parra, Inti-Illimani, Mercedes Sosa; la gente, los más de seis mil asistentes, comenzaban a gritar y aplaudir.

Llegó el momento y Rodri presentó a “los compañeros Quilapayún”. Todos se levantaron y aplaudieron largo rato. ¡Cuán impresionante era! ¡Ni siquiera había comenzado el recital y ya atronaban las consignas de solidaridad con Chile! No sé qué podían estar pensando en aquellos momentos los componentes de Quilapayún, Eduardo, Guillermo, Hernán, Carlos, Hugo y Rodolfo, allí en medio del escenario, vestidos de negro y con ponchos del mismo color. Nosotros los contemplábamos expectantes mientras ellos intentaban aguantar la emoción que los embargaba. Estábamos emocionados, miles de puños se habían levantado como nunca se había visto en un acto público: con rabia, reclamando democracia, solidaridad y justicia.

En cuanto los Quilapayún iniciaron su primera canción se hizo un silencio reverencial; luego vino el delirio. Ellos no se creían lo que estaban viendo, nada más iniciar el recital. A algunos los vimos llorar en el escenario, pero se mantuvieron enteros, se dieron cuenta de que debían conducir el recital para que la emoción que a todos nos invadía no frustrase un buen final. En el entreacto nos abrazamos eufóricos. El trabajo de muchos compañeros y compañeras aquellos días, la incredulidad de vivir lo que estábamos viviendo los Quilapayún y nosotros, hizo que aflorasen sentimientos largamente reprimidos y nos sentimos hermanos.

El recital fue discurrendo de forma ordenada; cada pieza era aplaudida e interrumpida con consignas solidarias. Ellos mantuvieron un tono moderado en las palabras y en los gestos, lo que debió costarles un gran esfuerzo. Durante todo el recital se fueron abriendo las puertas del Palau que estaban situadas detrás del escenario; de esta forma se permitía que entrase una buena parte de la gente que se había quedado afuera sin entradas, y casi reptando, se iban colocando en los rincones más diversos del Palau. Y así entraron varios cientos. ¿Cómo podíamos dejarlos fuera? Nadie lo detectó ni lo



impidió, entraron todos. El concierto se grabó de forma precaria y luego editamos una cinta casete que tuvo gran éxito y nos deparó algunos ingresos para los comités de solidaridad<sup>5</sup>.



Figura 3: recital de Quilapayún en el Palau Blaugrana de Barcelona, 20 de septiembre de 1974 (archivo de Juan Pablo Carvajal)

Por la noche tuvimos una fiesta en Agermanament a la que también invitamos a otros amigos. Vino Raimon, María del Mar Bonet y algunos políticos que habían asistido al primer recital. Nadie se creía lo que estaba ocurriendo, pero sabíamos que se podía haber acabado la suerte. Por la mañana en Madrid, la policía abordó a gente que esperaba comprar las entradas para el recital programado en el Teatro Monumental. Una persona de la organización parece que por error o por miedo no presentó a tiempo las solicitudes de permiso, e incluso engañó a sus compañeros haciéndoles creer que todo estaba en marcha. Se difundió la noticia del recital y la gente acudió a comprar.

Con los pasaportes en la mano volví a la sala donde el Comisario y los tres policías esperaban. Los miró lentamente, el ambiente era tenso, el comisario no decía nada: los juntó, me los acercó y dijo secamente: “Devuélvelos”. Inmediatamente salí de la sala por si acaso se arrepentía. Ellos estaban con muy buen humor y la prueba me la dieron de inmediato, todos habían firmado en el disco que me había dado el policía, “Para el amigo policía”, “Chile vencerá”, “El pueblo unido” y otras dedicatorias que firmaron con sus nombres. Nuevamente Oddó parecía el impulsor, aunque hasta el más aparentemente serio, Eduardo, el líder del grupo, también reía y más supongo viendo mi cara al leer las dedicatorias.

Con el disco en la mano volví junto a los policías. Me dirigí al que me había dado el disco que era bastante joven y le dije a la rápida: “Mire, les ha hecho mucha gracia que un policía tenga este disco y han querido dedicárselo, espero no se moleste”. El policía me miraba perplejo, tenía el disco e instintivamente hacía como que lo metía bajo su chaqueta, luego volvía a mirarlo y a leer las dedicatorias; no supe qué pensaba y por si acaso, ni se lo pregunté. Me volví, saludé al comisario y le dije que, si habíamos

---

<sup>5</sup> La grabación se hizo en mono y años después el sonido se “limpió” para mejorar su audición y se hizo un falso “estéreo” para que en los aparatos de reproducción se escuchasen mejor. La versión digitalizada con montaje audiovisual de José Lezcano se puede acceder en: <https://www.youtube.com/watch?v=eAqzQf3i9Rg>



acabado, me volvía al recital que ya estaba a punto de comenzar en su segundo día y ante su silencio me fui.

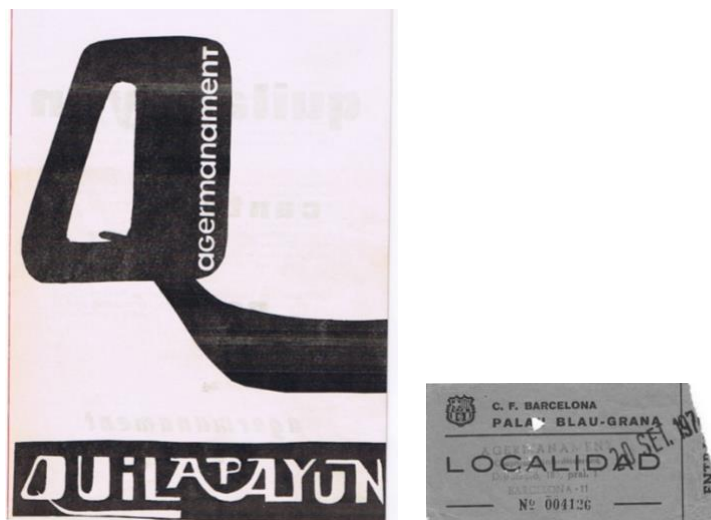


Figura 4: portada del programa de mano y entrada de los recitales de Quilapayún en Barcelona de septiembre de 1974.

Argucias como presentar a Quilapayún como un grupo folklórico sin especiales connotaciones políticas y decir que colaboraban para recaudar fondos para las misiones católicas, permitieron despistar a la policía hasta el primer segundo de la salida a escena del grupo en el Palau Blaugrana. El segundo día, sin embargo, seguramente contemplaron su suspensión, como nos temimos entonces, aunque claramente el comportamiento ejemplar de todos, artistas, organizadores, colaboradores y los propios asistentes que impidieron actos de provocación insensata, ayudaron. También supongo que se debió contemplar que suspender el recital iba a suponer más problemas que permitirlo.

En ese momento tenía sensaciones contradictorias, me quería reír, había hecho un papel de idiota absoluto y creo que eso fue precisamente lo que salvó la situación. En la calle ya la policía antidisturbios había rodeado el Palau Blaugrana y estaban preparados y dispuestos para entrar a la mínima oportunidad. En el momento en que se producía la entrada del público, los antidisturbios se hicieron bien visibles y con intimidación hacían “pasillos” por los lugares donde el público accedía ordenadamente al recinto. Finalmente, no aparecieron en su interior y el segundo día del recital volvió a ser una gran fiesta<sup>6</sup>.

Se impartieron consignas de tranquilidad y de no permitir provocaciones y todo el mundo hizo caso. Fue espectacular ver cómo se vació al final del recital y más de seis mil personas pasaron nuevamente entre los antidisturbios y no ocurrió nada. En esto la colaboración de los Quilapayún, que hacían las presentaciones de las canciones con gran cuidado, fue fundamental. Cualquier referencia a personas y situaciones electrizaba a los asistentes y era acogida con un griterío de consignas y aplausos impresionante.

---

<sup>6</sup> En 1974 España era todavía una dictadura y aunque se había suavizado en parte, cabe recordar que los tribunales de Orden Público funcionaban para reprimir los movimientos democráticos, partidos y sindicatos y asociaciones con fuertes penas de cárcel y en casos de acciones armadas, con la pena de muerte como todavía ocurrió en 1975 con los últimos fusilamientos.

En silencio, algunos de nosotros y de los Quilapayún vimos parte de la escena; en silencio estábamos juntos amigos de dos países sin libertad, uno en las etapas finales de una larga dictadura y otro iniciando su larga andadura ante los años de terror que nadie sabía que aún les aguardaban<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> En septiembre de 2011 se rodó un documental que recogió información de los recitales de Quilapayún en Barcelona en septiembre de 1974. Los participantes explicamos cómo se organizaron entonces y el problema que ello suponía por el ambiente que había en España, aún en dictadura. El documental recoge también el testimonio una recién llegada de Chile, que asiste al recital impresionada y los recuerdos que tenía de entonces <https://www.youtube.com/watch?v=qRZZGm0Wuxw&t=51s>.